

mano en el respaldo de su silla. Su bella fisonomía, que hemos conocido ántes tan pura y tan noble, parecia cubierta con la máscara de Tisiphone: expresaba aquella mezcla de honor y de salvaje alegría que debió leer en la frente encantadora de María Stuard cuando oyó la explosion que la vengaba del asesino de Rizzio.

XV.

De resultas de aquella escena, cuyas consecuencias amenazaban ser trágicas, la mayor parte de los invitados se eclipsaron discretamente; los vecinos hicieron enganchar en seguida, los demas tomaron el tren de la noche para volverse á París. Sólo quedaron en el castillo los amigos más íntimos.

El capitan, como era natural, se retiró el primero, yendo á instalarse para pasar la noche, al pueblo más próximo á la *Ve-*

nerie. Un desafio era inevitable. Dos oficiales del mismo regimiento, que habian asistido á la comida, se pusieron de acuerdo con M. d'Hermany y M. de la Jordye, á quienes el Baron habia vuelto á nombrar por padrinos.

No cansarémos por segunda vez al lector con los detalles de las negociaciones que tuvieron lugar entre los testigos de una y otra parte. Nadie intentó siquiera hablar de arreglo. En cuanto á la eleccion de armas, es claro que el Baron, despues de lo ocurrido en sus diferentes asaltos con el capitan, hubiera querido batirse á la pistola; pero si el acto de poca delicadeza que el oficial de cazadores, invitado por la Baronesa de Maurescamp, se habia permitido, daba al esposo en un principio el papel de ofendido, habia perdido ese carácter, dejándose arrebatarse hasta el punto de responder á esa ofensa con un ultraje mortal. Por otra parte, el orgullo del Baron, inspirándole la conducta conveniente en tal ocasion, le hizo aceptar la espada sin

discutir, cualesquiera que fuesen sus reflexiones interiores.

Convínose que el duelo tendría lugar al día siguiente á las diez de la mañana, en un claro del bosque de Marnes, que estaba contiguo á la posesion de la *Venerie*, porque no pareció bien que el desafío se efectuase en la misma propiedad del Baron de Maurescamp.

Aquella noche no hubo mucho sueño en el castillo. Los huéspedes tenían animadas reuniones en sus habitaciones particulares. Llevábanse las noticias de un departamento á otro; los hombres discutian sutilezas de honor; las mujeres, excitadas y nerviosas, hablaban á media voz, enjugando algunas lágrimas, pero en el fondo divirtiéndose mucho. Es inútil añadir que todo el personal del castillo, desde las cocinas hasta las cuadras, estaba agitado por las mismas emociones, es decir, entregado á esa inquietud placentera, y á esa fiesta agradable que nos hacen experimentar en general los peligros ajenos.

En cuanto á los dueños de la casa, debemos presumir que tampoco durmieron mucho. El Baron, comprendiendo la gravedad del caso, puso en órden sus negocios. Juana no quiso ver á nadie; sólo se supo, por referencias de su doncella, que habia pasado toda la noche dándose paseos de uno á otro lado, y hablando en alta voz *como una actriz*.

La pálida claridad de un día de fines de Noviembre se extendia por los bosques desde hacía una hora próximamente, cuando el Baron de Maurescamp, cuyo departamento estaba en el piso bajo, salió á fumar un cigarro paseándose por el patio. Cuando en uno de esos paseos llegó á la reja de entrada, encontróse frente por frente con un muchacho campesino, como de trece á catorce años, que se detuvo bruscamente al verlo: el Baron creyó reconocer en él á un mozo de cuadra de la posada del pueblo inmediato. La actitud del muchacho era tan confusa, y mostraba tanto embarazo, que llamó la atencion de

Maurescamp, á pesar de sus preocupaciones del momento.

—¿Qué hay? ¿A dónde vas?—le dijo.

—Al castillo, señor—balbuceó el jóven, todo sofocado.

Miéntas tanto, el muchacho tenía torpemente escondida una de sus manos debajo de la chaqueta.

—¿Y qué vás á hacer al castillo?—le preguntó el Baron.

—Voy á hablar con la señorita Julia.

Julia era la doncella de la Baronesa.

—¿Y quién te manda aquí?

—Un señor—murmuró el chico, cada vez más intimidado.

—Un señor que está alojado en la posada, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Un oficial, eh?

—Sí.

—¿Y qué ocultas ahí debajo de la chaqueta?..... ¿una carta?..... Dámela, dámela..... ¡Vamos, trae!

El chico, á punto casi de romper á llo-

rar, se dejó quitar, mitad de grado, mitad por fuerza, una carta cerrada que tenía en su mano crispada.

La carta no tenía sobrescrito.

—¿Para quién es esta carta?

—Es para la señora—respondió el niño.

—¿De manera que te la han dado para que tú la entregues á Julia, y ésta á la señora?

El muchacho respondió con la cabeza que sí.

—Pues bueno—yo voy á hacer tu encargo..... Vénte conmigo para esperar la respuesta, si la hay.

El Baron, seguido de aquel muchacho, volvió atrás, atravesó el patio muy deprisa, y dejando al chico en el vestíbulo, entró en sus habitaciones. Una vez allí, rompió el sobre de la carta que venía destinada á su mujer, y leyó estas palabras, que, aunque no estaban firmadas, daban á entender bien claramente de dónde venían:

«Podeis estar tranquila. Por el amor que os tengo, le perdonaré.»

El primer movimiento del Baron—siempre inclinado á la violencia—fué romper aquel insolente billete, y echarlo al fuego; pero una reflexion le detuvo. Cogió otro sobre de su mesa, puso dentro el billete, y lo cerró. Habíale nacido de pronto una extraña curiosidad: queria saber cuál sería la respuesta de su mujer, si acaso contestaba al billete.

Volvióse, pues, al vestíbulo, donde el muchacho habia quedado esperándole.

—Mira—le dijo devolviéndole la carta—no he podido encontrar á la señorita Julia por aquí..... Debe estar arriba..... Vé á llamar á aquella puerta de enfrente, y pregunta por ella..... Toma, aquí tienes cinco francos por tu trabajo.

El chico le dió gracias por el regalo, y se dirigió á la puerta que le habia indicado.

Por su parte, el Baron se adelantó hácia la reja otra vez, la abrió y salió del patio, tomando el camino del pueblo, sobre el cual estuvo un rato paseándose lentamente.

¡Cosa singular! Una hora despues iba á jugar su vida con todas las probabilidades en contra, y sin embargo, esa idea, por terrible que fuese, se habia borrado en aquel momento de su espíritu, ante esta única preocupacion:—¿Qué contestará mi mujer?

En realidad, aquel hombre de gran energía física, no habia sabido resistir á las preocupaciones que secretamente le habian torturado desde hacía algunas semanas. Habia decaído moralmente bajo la impresion prolongada de aquel odio sombrío, de aquella venganza premeditada, calculada, implacable, de la cual se sentia víctima. Habitudo á tratar á las mujeres como á niños, llenábale de sorpresa y aún asustábale haber encontrado de repente, en uno de esos seres desdeñados y débiles, una profundidad de miras y una fuerza de voluntad contra las cuales todas sus condiciones personales—vigor físico, fortuna, posicion social, autoridad conyugal—no tenian poder alguno y eran absolutamente nulas.

Quizá en aquel momento de suprema angustia lo hubiera sacrificado todo por una palabra de bondad, de interes, de compasion siquiera de aquella mujer ántes tan desdenada..... Quizá esperaba todavía leer esa palabra en la respuesta á aquel billete.....

Diez minutos despues, el mandadero volvió á presentarse que salia del castillo. Tranquilo por el desenlace de su primera entrevista con el Baron, no se tomó siquiera la molestia de esconderle aquella segunda vez el mensaje de que era portador. El muchacho pasaba haciéndole un saludo y sonriendo cuando el Baron le detuvo.

—¡Ola!—le dijo;—¿llevas la respuesta?—A ver, enséñamela..... Ya sé yo lo que es..... ¡Quién sabe si yo tengo que hacerte algun encargo tambien! Y al mismo tiempo le ponía otra moneda de plata en la mano.

El Baron cogió la carta. El sobre, acabado de pegar, estaba húmedo todavía y no fué necesario romperlo para abrirlo. Dentro del sobre estaba el mismo billete del

capitan, en el cual Juana habia escrito su respuesta.

Debajo de la línea escrita por la mano del capitan: « Estad tranquila. Por el amor que os tengo, le perdonaré », Juana de Maurescamp habia escrito simplemente:

« ¡No os tomeis ese trabajo, os lo ruego! »

El baron, despues de haber leído aquellas palabras puso el billete dentro del sobre y lo devolvió al niño, que se alejó.

XVI.

Hora y media despues el duelo tenía lugar en el bosque de Marnes, y el Baron de Maurescamp recibia una estocada en medio del pecho.

Creyóse mucho tiempo que no podria sobrevivir, porque la herida habia alcanzado los pulmones; pero la robustez de su temperamento le salvó. Su salud, sin embargo, quedó muy resentida, y moralmen-

te quedó para siempre inquieto y abatido.

Su opinion, como la de la parte más indulgente del público, parecía ser que su esposa, en el asunto del capitán Sontis, no había tenido más culpa que beber un poco más de *sauterne* de lo regular, y la de fumar un cigarro que había acabado de quitarle el conocimiento de sus actos. Así ha podido seguir viviendo con ella sin romper las conveniencias, y aún lo demuestra cierta deferencia resignada y sumisa que extraña mucho en un hombre tan imperioso ántes y tan amigo de dominar.

Verdad es que ha conseguido modificar completamente el carácter de su mujer, y que debe estar satisfecho de su obra. Juana ya no es romántica, ni lee á Tennyson. Desde que le mataron el cómplice de sus idealidades, murió también para ella todo lo ideal. Después de haber afectado durante algún tiempo, por espíritu de irónica venganza, las maneras de una mujer ávida únicamente de placeres materiales, de agitación y de sensualidad, ha acabado por

tener gusto en sus papeles, y ahora lo desempeña al natural.

Fria, burlona, coqueta hasta el extremo, amiga de los placeres, indiferente á todo, parece conservar tan sólo, después de la muerte de su madre, un sentimiento noble y elevado que la hace ir tres veces por semana á la cabecera de una anciana parálitica y decrépita; la Condesa de Lerne.

Nada añadiremos á lo que hemos referido de Juana de Latour-Mesnil, baronesa de Maurescamp. Ha dejado de interesarnos—y consideramos que lo mismo sucederá al lector—desde que su respuesta atroz al billete del capitán Sontis nos ha mostrado que el ángel se ha convertido al presente en un monstruo.

La consecuencia de esta verdadera historia es que en el orden moral no nacen monstruos: Dios no los hace; pero, en cambio, los hombres hacen muchos. Las madres no deben nunca olvidarlo.

FIN.

0. 2

H.

PA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS

PA
H